



FEROZ SILENCIO

Mi querido amor:

¡Qué silencio tan feroz! ¡Qué gris está hoy todo, vida mía! Te ha encontrado Tina, la perra del mayoral. Ha abierto el amo la ventana ante sus insistentes ladridos y allí estabas, en el alféizar, recostado sobre un ala, colchón convertido en una mortaja de penachos tristes. Al cogerte —ha dicho Ventura— tenías aún el pecho templado, pero la cabecilla lacia, como una flor ajada.

Acaso te has muerto esperando que yo abandonara por fin el encierro de mi casita de madera y metal. Querías fugarte conmigo para amarme sobre la copa de alguna encina y regalarme arrumacos; el cielo azul, el campo verdeando con las amapolas carmesí al son del viento.

Cada mañana, apenas la claridad bosquejaba los contornos del pueblo, te posabas junto a la ventana y esperabas un rato hasta que me veías. Piabas dando saltos o agitando las alas, los ojos negros y pequeños, lo mismo que la cabeza de un alfiler. Esperabas paciente, la mirada vivaz, sin atender peligros, solo con el deseo de que yo saliera a saludarte y volviera a mi retiro oscuro. Entonces entonabas tu canto y el tiempo se detenía. Otros pájaros se posaban en la rama más alta de la higuera y escuchaban tu trinar. Luego emprendían el vuelo y se perdían entre los olivares y las tejas del cortijo.

¡Cuántas veces esperé a que aparecieras, puntual como las uvas de septiembre!
¡Qué de veces imaginé lo que en esos cantos me decías! Estoy segura de que me

contabas a qué olía el aire preñado de la primavera, a qué la tierra mojada por las lluvias primeras del otoño. A qué la libertad.

Ahora es todo de un silencio que mortifica. Solo ulula el viento en las ventanas; réquiem de ramas que se retuercen, de hojas que vuelan y cielos del color de la favila y el carbón. Negro luto por tu ausencia.

¡Vuelve, te lo imploro!, he repetido. Pero sé que es inútil, que ya no volverás. Que ya emprendiste el vuelo último sin entender que yo, por más que quise, nunca pude acompañarte.

Debo dejarte, he de salir de mi encierro. Señalaré las horas con la cabeza gacha y el cuerpo de madera herido, pensando... ¡deseando!, que los engranajes se atasquen, que la maquinaria se detenga, que no le den cuerda al reloj, que la puertecilla se averíe y me impida salir para no ver más, amor, esa ventana vacía.